

Francine du Plessix Gray

ELLOS

Memoria de mis padres

TRADUCCIÓN DE ÁNGELES DE LOS SANTOS

Periférica & Errata naturae

PRIMERA PARTE

EL VIEJO MUNDO

Debemos sentirlo todo, todo lo que podemos.

Para eso estamos aquí.

Henry James, *La musa trágica*

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2018

TÍTULO ORIGINAL: *Them. A Memoir of Parents*

© Francine du Plessix Gray, 2005

All rights reserved including the rights of reproduction

in whole or in part in any form

© de la traducción, Ángeles de los Santos, 2018

© de esta edición: Errata naturae editores y Editorial Periférica

info@erratanaturae.com

info@editorialperiferica.com

ISBN (Errata naturae): 978-84-16544-90-5

ISBN (Periférica): 978-84-16291-72-4

DEPÓSITO LEGAL: CC-269-2018

CÓDIGO BIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: Irving Penn

Mr. & Mrs. Alexander Liberman with Francine du Plessix, New York, 1948

© The Irving Penn Foundation

MAQUETACIÓN: Sara Pintado

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

A mi madre le gustaba afirmar que descendía directamente de Gengis Kan. Después de manifestar que una octava parte de su sangre era tártara y sólo las otras siete eran de «ruso común», con un desparpajo que nadie más podría haber mostrado, dejaba caer unos cuantos nombres en la cronología de nuestro linaje: Kublai Kan, Tamerlán y, por fin, Babur, el gran monarca mogol, de cuya concubina favorita, de la etnia kirghiz, descendía su tatarabuela; y *voilà*, nuestra ascendencia quedaba establecida.

No se le podría haber discutido esta cuestión, porque, en su búsqueda de cierto efecto dramático, Tatiana du Plessix Liberman habría hecho recaer toda la historia de la humanidad sobre su cabeza. Además, nadie se habría arriesgado a enfrentarse a ella: en sus mejores tiempos medía un metro ochenta y pesaba sesenta y cuatro kilos, y la majestuosidad de su presencia, con los ojos miopes, de color avellana, verdaderamente asiáticos, que clavaban una mirada despiadadamente crítica a través de sus gafas bifocales tintadas de azul, tenía el impacto psicológico de un spray de pimienta. Y nadie habría osado siquiera decirle que era un fraude, porque compartía con el gran Kan una similitud simbólica muy adecuada: iba

permanentemente adornada con grandes y brillantes piezas de bisutería que parecían instrumentos de tortura o emblemas de cultos arcaicos, entraba con mucho aplomo en una sala, con chales espectaculares sobre los hombros, como la diosa de la guerra de alguna tribu, y se movía por la vida con una rapidez y una fiereza que recordaban al viento ululante de las estepas. Tatiana se había convertido a sí misma en uno de los personajes más deslumbrantes de su época, una fuerza de la naturaleza, sin duda, y es muy posible que aquellos que la amábamos sigamos bajo su hechizo hasta el día de nuestra muerte.

Mi madre era diseñadora de sombreros de profesión —su nombre comercial era «Tatiana de Saks»— y, según muchas autoridades en la materia, fue la mejor diseñadora de sombreros de la época. Durante veintitrés años tuvo su propio salón de diseño a medida en Saks Fifth Avenue², donde aconsejó a miles de mujeres sobre cómo seducir a sus amantes, conservar a sus maridos y fascinar a sus invitados mediante la adecuada inclinación de una boina o la pícaro colocación de un velo negro de lunares. Fue aclamada por *The New York Times* como «la sombrerera de los sombrereros», y elogiada por representar «la elegancia femenina que convierte sus exclusivas creaciones

²Grandes almacenes de lujo en Estados Unidos, que surgen como la continuación de una empresa fundada por Andrew Sacks en 1867. El 15 de septiembre de 1924, Horace Saks y Bernard Gimbel abrieron Saks Fifth Avenue en Nueva York: un edificio que ocupaba una manzana completa al sur de la Catedral de San Patricio, frente a lo que más tarde se convertiría en el Rockefeller Center. Hoy es una cadena con varias sedes, aunque la tienda principal sigue siendo la de la Quinta Avenida.

en la mayor gloria de las mujeres refinadas». Tal vez fuese más conocida por sus etéreos sombreros de primavera: casquetes con velos de tonos pastel; frondosas almohadillas de tul salpicadas de violetas; turbantes de espumosa gasa de estilo nido de abeja en tonos lila, rosa fucsia y verde hierba; bretones con pañuelos de seda estampados con rosas y montones de rosas de seda asomando por el ala levantada. Nunca hacía bocetos ni dibujos de los sombreros, sino que los creaba sentada ante un gran espejo, esculpiendo y plegando piezas de fieltro, gamuza, organza o satén sobre su cabeza, usando el reflejo de su propia imagen, ocho horas al día, doscientos cincuenta días al año. Los espejos eran la principal metáfora de su vida, y se me ocurren pocas mujeres cuyo innato narcisismo se haya visto satisfecho de un modo más perfecto.

Además de ser una renombrada sombrerera, Tatiana fue también una de las pocas mujeres que destacaron en el mundo de la moda de Nueva York; otras fueron la editora Diana Vreeland, la diseñadora Valentina y la principal estilista de Hattie Carnegie, Pauline Potter, más tarde Pauline de Rothschild. Sin embargo, como creadora de tendencias, Tatiana era con diferencia la menos ortodoxa de ellas, y no transgredió ningún canon con más vehemencia que el de Diana Vreeland: «La elegancia es contención». Se podría decir que Tatiana perfeccionó el arte del exceso: las grandes joyas de fantasía que se colgaba incluían imitaciones de petos precolombinos de veinte centímetros de ancho, filas de diez centímetros de pulseras de diamantes falsos, pendientes de bisutería grandes como

candelabros y —su emblema más famoso— un enorme anillo redondo de rubíes que parecía el remate del báculo de un obispo.

Si el estilo *tape-à-l'œil* de Tatiana se consideró uno de los más «elegantes» de Nueva York fue porque la elegancia es, sobre todo, una cuestión de coherencia; y todos sus gestos, su manera de hablar, sus modales y su comportamiento estaban absolutamente en consonancia con el extremismo de su atuendo. Era descarada, brusca, intolerante, abiertamente elitista, horriblemente impaciente, despilfarradora y generosa; y, en sus gustos, era más categórica que un comisario soviético. No conversaba, sino que proclamaba, y muchos de sus decretos tenían que ver con refutar y ridiculizar los símbolos convencionales de la opulencia: «El *visssón* es para el fútbol», decía. «Los diamantes son para las zonas residenciales». No conozco ningún árbitro del buen gusto que haya proclamado de manera tan combativa la torpeza de alardear de la riqueza, la supremacía del bienestar y el estilo impecable. Se enorgullecía tanto del juego de muebles de jardín que compró en los grandes almacenes Macy's por treinta y cinco dólares, y con el que equipó nuestro primer y diminuto apartamento de Central Park South, que se lo llevó consigo a todos los lugares en los que vivió durante casi cincuenta años. A su muerte tuve que tasar los muy modestos efectos personales que me dejó, y descubrí que el famoso anillo de «rubíes» con el que había asombrado a Nueva York durante medio siglo estaba hecho

exclusivamente de mediocres granates, y se estimó que valía unos doscientos dólares.

El mundo tenía que ir a Tatiana; ella dio muy pocos pasos hacia el mundo, especialmente hacia los Estados Unidos. A pesar de su inmensa cultura literaria, en medio siglo nunca se tomó la molestia de aprender más que un inglés defectuoso, y hasta su muerte, en 1991, siguió informándose de las noticias del mundo a través de publicaciones francesas y del periódico neoyorquino en lengua rusa *Novoye Russkoye Slovo*. Detestaba viajar a cualquier parte de las Américas, y tenía una visión del Medio Oeste propia de una antigua tira cómica de los años veinte: «¡Carnicero!», le gritaba a algún dentista que no le gustara después de una extracción de urgencia. «¡Vuélvassse a Chicago!». Las meteduras de pata que cometía con el inglés eran épicas: una vez fue a FAO Schwarz³ flanqueada por mis hijos, de ocho y diez años, y le anunció al vendedor: «Quiero comprar *coqueta*». «*Cometa*, abuela, *cometa*», rogaron los niños. «¡Quiero *coqueta*!», insistió ella.

Sus declaraciones sobre lo que ella considerase en cada momento Lo Mejor —ya fuese en moda, locales, comida, médicos, literatura— eran tan desmedidas como su feroz joyería. Tenía una fe nietzscheana en el éxito («Con los triunfadores no se discute») y creía fervientemente en el esnobismo («Los *snoobs* siempre tienen razón»). El suyo era un elitismo pasado de moda, en parte sentimental y

³ FAO Schwarz, fundada en 1862, es una de las jugueterías más antiguas de Estados Unidos, famosa por la gran calidad de sus juguetes. Su piano gigante de suelo es un icono de la marca.

en parte humanístico, indiferente al dinero y con una doble orientación, como el de muchos rusos, hacia el pedigrí y hacia el éxito público.

Una de las formas en las que se manifestaba la generosidad dictatorial de mi madre era que ella quería compartir (algunos dirían imponer) con sus amigos y personas queridas todo lo que le entusiasmaba. Su necesidad de controlar y dirigir las vidas de otras personas se extendía hasta los más insignificantes detalles. Al llegar a una playa, el primer día de vacaciones —era una adoradora del sol y una nadadora de primera categoría; las playas eran su paraíso— caminaba muy deprisa delante de nosotros, sus delgados brazos repiqueteando con oro tribal, y patrullaba hasta el final: examinaba con ojo crítico la calidad de la arena, la limpieza del agua, el estatus de la población. Y entonces, después de encontrar el que ella juzgaba el mejor punto de aquella zona de la orilla, les gritaba a sus acompañantes: «*Venez ici tout de suite, c'est le seul endroit!*». «¡Venid aquí enseguida, éste es el sitio!». Y allá que íbamos todos en cuadrilla. Porque sabíamos que en cuestión de comodidad física y de la mayoría de las cosas que tienen que ver con la sabiduría de los placeres de la vida, solía tener razón, y temíamos que si no acatábamos sus órdenes, la llegada de un autobús de ruidosos nudistas suecos nos sometiera a su burlón «Os lo dije». Aquel espíritu dictatorial de Tatiana caracterizaba no sólo el arte del *savoir vivre*, sino también la esencia de la mente dedicada a la moda, que invariablemente manifiesta sus decretos en modo imperativo —«Un *must* para el otoño», «Lo mejor

de la temporada»—, tratando de difundir, lo más rápido posible, el contagio del estilo.

Sin embargo, debajo de los despóticos modales de Tatiana, debajo de su exhibicionismo y su extravagancia, se escondía una mujer-niña tímida y profundamente reservada que se infravaloraba, y cuyos complejos fueron forjados en el terror de la Revolución rusa.

* * *

Tengo fotografías en las que se ve a mi madre en la Rusia de 1912, con seis años, una chiquilla segura de sí misma, con largos tirabuzones rubios, engalanada con un lujoso vestido de Paquin y sentada, al estilo Juliette Récamier, en un ornamentado sofá de terciopelo; ya entonces una presencia autoritaria, astutamente controladora, ya entonces plenamente consciente del efecto que causa en su reducido público («Ahora ya sabes por qué hubo una revolución», bromeaba con frecuencia sobre esa foto, señalando el elaborado vestido parisino). Nacida en San Petersburgo, Tatiana Yákovleva procedía de una familia de intelectuales —arquitectos, abogados, funcionarios del Gobierno, y también muchos grandes artistas del teatro— que estaban impregnados de esa pasión por la cultura y los lujos franceses, y también de una exaltación de la genealogía, de la cual pocos rusos de clase alta estaban exentos. Ella siempre afirmaba, por ejemplo, que su abuelo materno, Nikolái Serguéievich Áistov, uno de nuestros más pintorescos antepasados, era «un prominente funcionario

del Gobierno, de noble ascendencia». La verdad es mucho más interesante de lo que su elitismo permitiría. Nikolái Serguéievich, cuyo padre se ganaba la vida como cantante, era en realidad un distinguido bailarín y un próspero empresario de ballet; es uno de los antepasados que mejor documentados tenemos, y poseía muchos de nuestros rasgos familiares, en particular su gusto por las poses llamativas.

Nicolái Serguéievich Áistov, nacido en 1853, se graduó en la Escuela de Teatro de San Petersburgo, donde obtuvo calificaciones de «excelente» en comportamiento, «bien» en matemáticas, religión, esgrima, historia, interpretación y canto; y un mero «suficiente» en ballet y baile de salón. Aquello no impidió, sin embargo, que lo admitieran en el Ballet Imperial Mariinski, donde permaneció como miembro del cuerpo de baile durante una década, para ser finalmente ascendido, a la edad de cuarenta y dos años, al codiciado rango de *premier danseur*. Tengo una entrañable fotografía suya: un hombre alto, majestuoso, con facciones de belleza clásica y un traje listo para salir a escena. Representa, creo, el papel del faraón de la obra *La hija del faraón*, una de aquellas primeras *extravaganzas* de Marius Petipa, que se desarrollaba en las pirámides y en la que aparecían exóticos bailarines egipcios, intrigantes arqueólogos británicos, estados de sueño inducidos por alguna droga y momias que volvían a la vida.

Tal vez debido a su estatura, Nikolái Serguéievich parecía tener un potencial limitado como bailarín exclusivamente clásico, y fue más conocido como mimo y como

régisseur general de ballet y ágil ejecutor de *entrechats* y *tours fouettés*. Aparte del papel principal en *La hija del faraón* y en *Claude Frollo*, sus personajes más importantes fueron el del Gran Duque en *Giselle* y otras caracterizaciones en las que tenía poco que hacer salvo pavonearse con arrogancia por el escenario con trajes recargados, haciendo una serie de poses autoritarias y dando órdenes con mímica a sus súbditos allí reunidos («¡Liberad a los esclavos!» o «¡Que haya paz entre los bandos enfrentados!»). En resumen, Nikolái Serguéievich me parece un actor al que le fue bien con su vocación —como a algunos miembros de mi familia— gracias a su encanto y a su impresionante atractivo físico, a su imponente presencia y a su astuta capacidad para trabajar. Puede que fuese un protegido de Marius Petipa, el coreógrafo francés que durante décadas fue el profesor principal de ballet del Mariinski, donde Nikolái Serguéievich trabajó durante algunos años como director. Porque ambos se retiraron del Mariinski el mismo año, 1903, cuando una nueva dirección se hizo cargo del teatro.

La rama paterna de la familia era la que, según Tatiana, descendía de Gengis Kan, y esta afirmación, además, podría tener un mínimo sustento. Su abuela paterna, Sofia Petrovna Iacovleff, de soltera Kuzmín, la adorada *Babushka* que fue el gran amor de mis primeros ocho años, nació en la provincia de Samara, justo al noreste del mar Caspio y al oeste de Kazajistán. Al haber pertenecido hasta el siglo XVI a la dinastía de Gengis Kan, en esa zona aún se conservan nombres tan claramente orientales, tan poco rusos, como Sagiz, Makat, Chelkar... nombres que

denotan una poderosa influencia de la cultura tártara. «Familia muy noble», «descendientes directos de Gengis Kan». Aquello era lo propio de mi madre, desear tanto el linaje aristocrático como la libertad de ser un bárbaro. Así que, en efecto, hay una posibilidad entre un millón de que seamos descendientes del Kan, y el hermano de mi bisabuela, Piotr Kuzmín, sí que sirvió durante unos años como mariscal de la nobleza en la cercana provincia de Riazán.

Mi bisabuela —Babushka—, que al parecer fue una muchacha portentosa, prometía en sus estudios, y tuvo mucha más libertad para elegir su vocación que la mayoría de las jóvenes de las provincias orientales rusas del siglo XIX. Y, como había demostrado grandes aptitudes para las matemáticas, asistió a la Universidad de San Petersburgo. La leyenda familiar cuenta que fue la primera mujer de Rusia en conseguir el doctorado en Matemáticas, y que al bajar del estrado en la ceremonia de graduación, diploma en mano, unos académicos airados protestaron por la intrusión de una mujer en su jerarquía y le tiraron tomates. Reservando su talento matemático para los asuntos domésticos, Sofia Petrovna se casó pronto con un arquitecto e ingeniero llamado Evgeni Alexeevitch Iacovleff, y le dio los siguientes hijos:

Mi abuelo, Alexis, que siguió los pasos de su padre y se convirtió también en arquitecto e ingeniero, y premiado diseñador de teatros estatales;

mi tía abuela Alexandra (la tía Sandra), una contralto de mucho talento que debutó en la ópera en 1916,

interpretando el papel de la condesa en *La reina de espadas* de Chaikovski, y cuyo afecto y cariño, como el de Babushka, fue uno de los tesoros de mi primera infancia;

mi tío abuelo Alexandre (el tío Sasha), un legendario explorador que después de la Revolución se convirtió en uno de los dos o tres artistas más eminentes que surgieron en la comunidad parisina de emigrados rusos, y que tuvo un papel fundamental en la vida de mi madre;

mi tía abuela Vera, nacida en segundo lugar, fue la única de los hermanos que nunca llevó a cabo nada destacable, pues a los veintidós años contrajo matrimonio con un magnate alemán de los fertilizantes al que había conocido cuando veraneaba con sus padres en los Alpes franceses, en 1906.

Los cuatro hijos de los Iacovleff nacieron y se criaron en el espacioso apartamento del paseo Gagárina, a cierta distancia de la avenida Nevski. Y es precisamente allí, en el salón de su amada abuela, donde se localiza el primer recuerdo de mi madre. Tiene unos cinco años y está —adivinen— posando para un retrato. El tío Sasha es el artista, y ella lleva un vaporoso vestido blanco de encaje, diseñado por Paquin. El tío Sasha le dice que se siente y no se mueva, y ella recuerda que oía esas palabras mientras por las ventanas de la abuela veía el río Nevá espejeando.

En su siguiente recuerdo, mi madre y su hermana menor, Ludmilla, o *Lila*, están en Vologda, a unos ciento setenta kilómetros al este de San Petersburgo, adonde habían destinado a su padre para supervisar la construcción de un teatro del Estado. Ella recuerda un lugar en

particular de la majestuosa casa de sus padres, un largo vestíbulo con el suelo encerado sobre el que le gustaba dejarse caer y deslizarse. También recuerda calles cubiertas de montones de nieve y palomas posadas en ella, la familia paseando en su propio coche, las gélidas temperaturas, el abrigo de invierno con unos manguitos ribeteados de chinchilla a juego, en el que la envolvían cuando salían... Todas las prendas de las hermanas, como las de su madre, las enviaban desde París. Tatiana describía a su madre, Liubov Nikoláievna, como coqueta, elegante, con un talento prodigioso para los idiomas y la música, y en particular para bailar, un don que había heredado de su padre, Nikolái Serguéievich Áistov. También recordaba, con más cautela, que su madre flirteaba y se mostraba encantadora con sus admiradores, pero era distante con su familia, y esta frialdad maternal pudo muy bien haber afectado, con el paso del tiempo, a la relación de Tatiana conmigo.

Después, en 1913, cuando mi madre tenía siete años, su padre ganó un concurso de arquitectura, y la familia —atendida como siempre por una gobernanta alemana, una doncella, una cocinera y un cochero— se trasladó a la ciudad de Penza, a unos trescientos kilómetros al sudeste de Moscú, donde habían encargado a mi abuelo la construcción de otro teatro. Al parecer, mi abuelo era amante de la tecnología más moderna. Fue la primera persona de Penza en tener un automóvil, y en 1914 compró incluso un aeroplano, al que bautizó *Mademoiselle*. «Tenía licencia de piloto y volaba sobre las praderas, asustando a

las vacas», recordaba mi madre siete décadas después. Los campesinos afirmaron ante las autoridades locales que los vuelos de mi padre aterrorizaban tanto a las vacas que ya no daban leche. Pero el gobernador de la provincia, que estaba loco por mi abuela, resolvió el incidente, y mi abuelo continuó con sus vuelos. «Un día de éstos el señor se va a caer», decían los campesinos cuando lo veían volar.

Muy pronto, la vida se volvió difícil para Tatiana y su hermana. En 1915 —tenían entonces nueve y siete años— sus padres se divorciaron. Su padre se marchó a Estados Unidos, en teoría porque había inventado una nueva clase de goma para las ruedas de los coches y en Rusia no le concedían la patente, mientras que allí se la habían asegurado. Poco después, mi abuela se casó, en *deuxième nocces*, con un próspero empresario farmacéutico, Vasili Kirílovich Bartmer, que perdió todo su dinero al inicio de la Revolución de 1917. La familia quedó en la miseria, y su situación se volvió aún más precaria en 1921, cuando la hambruna afectó al sudeste de Rusia con particular crudeza y Bartmer murió de tuberculosis y desnutrición. Liubov Nikoláievna intentó obtener algunos ingresos abriendo una escuela de danza. El piso familiar fue requisado. Las tres mujeres vivían en una sola habitación, empleando valiosos libros como combustible. Mi madre recordaba cómo pasaban aquellos días recorriendo los mercadillos y las tiendas de segunda mano para vender lo que les quedaba de mobiliario y ropa de hogar. A pesar de su muy limitada educación